



José de Benito

Aventureros en la Corte y en Indias

De Estampas de España e Indias

▽△

I. Juan de Castellanos

▽△

Dos estampas

Al Occidente van encaminadas las naves inventoras
de regiones.

Juan de Castellanos

▽△

Paisaje de olivos y de viñas en las estribaciones de la Sierra Morena. Tendida en las faldas de la Sierra, la villa de Alanís, caserío blanco entre tierras rojas de secano, lanza a ese cielo azul de Andalucía en la provincia de Sevilla, centenares de alegres columnitas de humo. Hidalgos, pecheros y menestrales han dejado el calor de la cama, y toda la villa se despereza a los primeros rayos del sol del domingo 9 de marzo. Alanís es una villa de realengo con trescientos vecinos que rige un alcalde ordinario. Casi la mitad del pueblo trabaja en la mina de plata, cuya veta aflora media legua al sur del caserío en un campo abierto hacia el Norte. Los demás, laborean la tierra; lo mismo recogen la aceituna manejando las varas, que podan las viñas o los algarrobos y en septiembre saltan en los lugares repletos de uvas doradas para hacer el vino que bajarán a vender a Carmona y a Sevilla.

Nicolás, el sotasacristán de la parroquia de Santa María de las Nieves, está dando el segundo toque de misa matinal que se derrama por la villa y el campo. Hace tiempo que las cuerdas del campanario lo conocen, y él sabe que al primer golpe de badajo, el padre Juan hace la señal de la cruz, dice entre dientes su primera oración -22- del día y comienza a vestirse para cruzar el atrio de la iglesia parroquial diez minutos después. Nicolás sabe todo lo que sucede en la villa de Alanís. Fuera de su oficio, husmea los rincones del pueblo, lleva de casa en casa la última noticia. Él fue el que dio a conocer a los vecinos la muerte de don Juan de Padilla y la lucha de doña María de Pacheco hasta su huida a Portugal para sostener las libertades por las que el emperador había decapitado a su esposo. Él esparció la nueva de la terminación de la guerra con Enrique de Albret en Navarra. Pequeño, nervioso, con la frente estrecha y el pelo indómito, la silueta de Nicolás era parte integrante de la vida activa de Alanís.

Esa mañana de domingo, el señor cura, acabando de abotonarse la sotana, se sienta frente al balcón de la casa parroquial, ante una mesa de madera blanca de pino en la que junto a un tintero reposa un libro, que hojea despaciosamente. Del único cajón de la mesa saca una pluma de ganso, que corta con el cuidado y la habilidad de quien suele hacerlo con frecuencia. Ha llegado al folio 32. En el anterior terminan las anotaciones, y su mano alargada

traza con delectación de pendolista un encabezamiento. Veamos lo que escribe: «Nueve de marzo, domingo. San Gregorio, obispo de Nisa; Santos Pasiano y Cirilo; Santa Catalina de Siena, y Francisca, viuda y fundadora de las oblatas.» Luego derrama sobre su bella letra española el polvo negro de una salvadera; lo recoge otra vez, cierra el libro, atraviesa la pieza en dirección a la puerta y desciende veintitrés escalones hasta el portón. Mientras baja la escalera podemos observarlo. No es muy alto, pero es hombre fuerte, aunque enjuto de carnes, la tez morena, los cabellos blancos, y sus ojos azules miran con dulzura y serenidad. Ya ha debido de pasar de los sesenta y necesita apoyarse en el rústico barandal de la escalera. Muchas veces se acuerda de que cuando mozo puso su vítor en lo más alto de la fachada del Colegio de Anaya en Salamanca, al terminar sus estudios de cánones y teología. Ahora le falla sobre todo la pierna derecha. Los -23- achaques aprietan y una sonrisa plácida asoma a sus labios al divisar a Nicolás, que como todos los días le aguarda en el portal.

-Santos y buenos días, don Juan -le dijo Nicolás con respeto.

-Santos y buenos nos los depare Dios, Nicolás, y el bendito San Gregorio, obispo de Nisa, cuya prudencia y sabiduría tanto hemos de seguir.

Mire vuestra reverencia que yo estoy muy de acuerdo en lo de San Gregorio, pero no se le vaya a olvidar, con tanto pensar en los santos y en el cielo, que hoy va a estar de norabuena su amigo el hidalgo don Cristóbal de Castellanos. Cuando venía a abrir la puerta de la iglesia pasé por ante su casa y oí muy fuertes gritos que daba la señora, diciendo que habían de matarla, que ya no podía resistir más dolores, y vuestra reverencia sabe que cuando piden que las maten, ya falta poco para que el crío asome la cabeza. Así que no se olvide, en saliendo del santo sacrificio, de acercarse por donde don Cristóbal, que en queriéndolo Dios, puede haber novedad y alegría en la familia.

-Gracias por la memoria, Nicolás -dijo bondadosamente el padre Juan-, y ahora ven a ayudarme a revestirme y darás después el tercer toque.

Dejemos al padre Juan y a su acólito dedicados a sus sagrados menesteres y trasladémonos a la casona en la que venía a este mundo pecador el primogénito del hidalgo Castellanos, con más pruebas de limpieza de sangre que doblones. De muchacho había, don Cristóbal, acariciado la idea de pasar a Indias para hacer fortuna, pero el cuidado de su corta hacienda y las lágrimas de su madre, unidos a cierto deseo de comodidades, le habían alicortado los proyectos y amarrado a la tierra. Luego, los amores con la que ahora acababa de darle un heredero le hicieron olvidar sus primeras ilusiones, y el buen hidalgo con la espada colgada en la panoplia, se sentía feliz al mirar aquel montoncito de carne sonrosada, que arropado en pañales, berreaba en necesario e inconsciente ejercicio de pulmones.

-24-

La madre descansaba en la alcoba con la placidez de las recién paridas. La comadre partera ponía aseo en las ropas de la cama, y el padre contemplaba con arrobos el cuadro, dejando volar su imaginación sobre lo que la vida podría deparar al recién nacido. Un recio golpe en la puerta de la calle y un «Ave María», cuya voz reconoció en el acto, le volvieron a la realidad.

-Pase su reverencia, don Juan, y alégrese conmigo de tan buenas albricias. Ya ha llegado a la casa el heredero. Véalo, rollizo como pella de manteca y llorón para pedir su yantar que aún no conoce.

El señor cura dio su bendición entrando, abrazó con alegría a su amigo, preguntó a la madre cómo se encontraba y requerido por el padre, que no cabía en sí de gozo, pasaron ambos a romper su ayuno con unas magras de jamón, una hogaza caliente y sendos vasos de vino añejo que el hidalgo hizo subir de la bodega.

-Agora, amigo Castellanos, que veis vuestro deseo del heredero colmado, habrá que decidir su nombre en el sagrado sacramento del bautismo, y habiendo nacido en este día, conmemoración de San Gregorio, el gran obispo de Nisa que persiguieron los arrianos, al igual que a su hermano San Basilio, bueno sería que se llamara Gregorio de Castellanos, que, además, resulta

sonoro y expresivo. Imaginad que si Dios lo quisiera vuestro hijo llegase a entrar al servicio de la santa madre Iglesia, y sus prendas le hicieran emular a nuestro Santo, bien pudiera recibir el óleo episcopal para orgullo vuestro.

-Tiempo habremos para resolver este negocio, pero mi deseo sería que con el nombre de Juan ciñera esa espada que en pocas ocasiones tuve que sostener, y diese lustre y gloria por las armas a las de esta casa. Que los tiempos son propicios para que las armas se pongan al servicio de Dios tanto en las Indias como en la morería.

-No he de poner yo mayores reparos a vuestros deseos, que llamándose Juan o Gregorio, lo importante es que sea valiente ante los hombres y temeroso del Altísimo. Pero lo que se me hace es que convendría que vuesa merced, señor don Cristóbal, me dijera los nombres -25- de quienes hayan de sacar de pila a este arrapiezo, que por la música destemplada con que nos obsequia habrá de ser solista en el coro de querubines del Altísimo.

-Cuatro tenía yo pensados para mis compadres: Antón Martín de Alonso, que es viejo amigo y varias veces me ha dicho tener gran gusto en serlo mío cuando la Providencia dispusiera que un heredero viniese a continuar mi sangre; los hermanos Esteban, Pero y Martín, que a más de ser buenos y honrados vecinos de la villa y de tener muy famosos olivares, son devotos cristianos, y de faltar yo, habrían de mirar por que mi hijo Juan no fuera camino de su perdición.

-¿Ya está, pues, decidido que quede, como yo lo estoy, bajo la advocación del Bautista?

-Si los padrinos no lo dispusieren de otro modo, con ese nombre, que es, en efecto, el mismo que vos lleváis, y fuera también el de uno de sus abuelos, figurará ese querubín en el mundo. Pero con esto del nombre, me olvidaba de Pero Galves, a quien también prometí ser mi compadre.

-Bien habéis elegido el compadrazgo, don Cristóbal. A todos ellos y sus mujeres, y la mujer es en esto, como en tantas cosas, de principal importancia,

téngolos por cristianos viejos y gentes de bien, que en estos tiempos es menester poner cuidado por abundar infelizmente no pocos judaizantes.

El señor párroco don Juan González Rico se persignó con calma tras de agotar el vaso de vino que don Cristóbal le sirviera al terminar las magras, se levantó, volvió a abrazar al feliz padre y mientras se encaminaba hacia el portón añadió todavía:

-Dejad de mi cuenta el avisar a los que van a ser vuestros compadres; Nicolás, mi sotasacristán, se sentirá dichoso de comunicar la buena nueva a los interesados. Y a las cuatro o cuartos para las cinco de esta tarde os espero en la pila bautismal para cristianar a vuestro hijo y futuro tocayo de este humilde siervo del Señor.

* * *

-26-

Las luces del bello atardecer de aquel domingo se extinguían en la villa de Alanís. Después de la ceremonia del bautizo del hijo de don Cristóbal Castellanos, once personas se hallaban reunidas en la habitación del piso alto de la casa parroquial. Don Juan, el párroco, pendoleaba sobre el libro que en la mañana le vimos escribir. Nicolás con la salvadera oficiaba de ayudante para secar la tinta de lo anotado. Convencido de la importancia de su misión y en espera de que su cometido indujera a los padrinos a mostrar su largueza, daba a sus movimientos la majestuosidad de ser él y no el señor cura el oficiante. Don Juan González Rico trazó, al acabar la inscripción y la firma, unos bellos arabescos como rúbrica. Cayó la arena sobre el libro graciosamente lanzada por Nicolás. Recogióla éste con ágil mano experta y pudo ya leerse:

«Este mismo día, domingo nueve del mes de marzo de mil e quinientos e veinte e dos años, bauticé yo, Joán González Rico, clérigo, cura, a Joán, fijo de Cristóbal Castellanos e de su mujer legítima: fueron sus padrinos, Antón Martín de Alonso, Martín e Pero Estevan, e Pero de Galves e mujeres legítimas. Joanes González Rico, clérigo.»

Cerrose el libro, trasladáronse todos a la casa del hidalgo Castellanos, donde les esperaba una copiosa merienda que hubo de presidir el señor cura.

Nicolás había salido a dar una vuelta, pues a su curiosa actividad le estaba vedado permanecer tranquilo en parte alguna por más de media hora. No hacía diez minutos que se ausentara cuando regresó a toda prisa, materialmente echando el bofe. El señor cura, que lo conocía, apenas le vio entrar, le preguntó sonriendo:

-¿Cuál es la nueva, que así de afanoso te presentas, Nicolás?

-Su reverencia me perdone, don Juan, pero creo bien vale la pena de interrumpir a vuestras mercedes. Acaba de llegar de Sevilla Andrés Vargas y dice que un capitán Hernando Cortés, allá en las Indias de Tierra Firme, ha conquistado la más bella ciudad y el más rico imperio -27- de cuantos hasta ahora se conocieron. Sus enviados llegaron a Sevilla y las gentes se hacen lenguas de la riqueza de los presentes que de su capitán traen para ofrecer a Su Majestad.

-¿Y cuál es ese imperio y esa ciudad? -preguntó don Cristóbal.

No son nombres cristianos, señor don Cristóbal, y no sé yo exactamente cómo son, pero la gran ciudad que aseguran ser más grande que Sevilla, se dice algo como Tomistán, y el imperio es el de México.

Y en estos coloquios, regados con moderadas libaciones y bien dispuesto el ánimo de los interlocutores a la fantasía, los abandonamos en la tarde del día domingo, 9 de marzo de 1522, en que vino al mundo y fue cristianado en Alanís, el que pasados los años había de escribir las *Elegías de varones ilustres de Indias* y la *Historia del Nuevo Reino de Granada*.

▽△

Repicaban los martillos de los maestros carpinteros de carena en las cajas sonoras de dos bajeles y de un galeón acostados en el muelle de la Maestranza de la Casa de Contratación de Sevilla. Febrilmente carpinteros y calafates reparan bajo la mirada vigilante de los tres maestros de nao el cumplimiento de la ordenanza dada en el mes de septiembre del año anterior, por la cual ningún barco podrá salir para Indias, si no es nuevo, sin que sea reparado, carenado y calafateado por los «oficiales de la Casa». Parece que este año de gracia de 1535 el comercio de Indias ofrece las mejores perspectivas. La tesorería de la Casa de Contratación ha ingresado más de cien millones de maravedises. Claro que la mayor cantidad proviene del oro y de la plata que sacó del Perú en febrero del pasado el señor don Hernando de Pizarro, pero se dice que el visitador y el piloto mayor han hablado con el receptor de averías sobre un secuestro de cuatro navíos, en Tierra Firme del Perú, por valor de más de ochocientos mil ducados. Todo es actividad -28- en los muelles de Sevilla. Ya han salido en lo que va de año cuarenta y tres naves rumbo a las islas del mar Océano y Tierra Firme. Por dos veces, don Francisco de los Cobos, secretario de Su Majestad para los negocios coloniales, ha venido a la hermosa capital del Guadalquivir (el río grande de los moros) y una de ellas acompañado del secretario de Su Majestad, don Juan de Sámano. En el círculo de los mareantes aseguran que tan importantes personajes vienen con instrucciones del señor Conde de Osorno, presidente del Consejo de Indias.

Las noticias dan la vuelta a Sevilla apenas en horas. Bajeles llegados de Canarias han hecho saber que Fernández de Lugo va a salir con una poderosa flota para Santa Marta. Los doblones circulan como las noticias, y el antiguo maestro laminador de oro, que cerró su botica, y ahora escribe y representa piezas para divertimento de los sevillanos, ve progresar su nuevo oficio. Verdad es que el maestro Lope de Rueda ha dado en pintar tipos que todos conocían, y marineros, soldados y menestrales prefieren un rato de solaz, a saber si, como cuando laminaba panes de oro, había entregado seis o siete onzas a Alejo Fernández para sobredorar el altar mayor de la catedral.

Los libros de geografía, cosmografía y arte de marear van saliendo de las prensas sevillanas para sustituir al tratado *De sphaera mundi* de Sacro Bosco, que ha venido sirviendo como texto de astronomía y cosmografía para los pilotos que titulaban los pilotos mayores de la Casa. Ahora se estudia la *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso, que vio la luz en 1519 y aún está fresca la tinta del *Tratado de la esfera y arte de marear con el regimiento de las alturas*, que acaba de escribir el maestro de matemáticas Francisco Ruy Falero. El pleito entre Cádiz y Sevilla se ha resuelto, nombrando juez oficial de aquel puerto, como pendiente de la Casa de Contratación de las Indias, que cada día adquiere mayor jurisdicción y fuero, a Pedro Ortiz de Matienzo. Y los fletamientos y seguros aumentan y con ellos los estipendios de escribanos, letrados, liquidadores de averías, y -29- el trabajo del prior y cónsules, que no dan abasto a tanto y tanto negocio como han de despachar.

Pero volvamos a nuestro muelle de la Maestranza. Contemplando la silueta morisca de la Torre del Oro, que proyecta su sombra sobre las aguas tranquilas del Betis, apenas cruzadas por leves estelas de las barcas de los pescadores del pueblo de Triana que llegan recogiendo sus velas, dos personajes, de muy distinta edad, conversan junto a la orilla. El mayor es conocido entre las gentes de letras de la capital. Enseña Humanidades, es hombre de gracejo y donaire sevillano, gran conversador, recita a Horacio y a Virgilio, conoce de memoria a Tito Livio y a Cicerón; buen gramático y mejor latinista, compone sus hexámetros con estilo elegante. Lleva una a modo de hopalanda negra con mangas acuchilladas y en el cuello dos cordones azules le sujetan una especie de corbata de encaje. Es el maestro Miguel de Heredia. El otro es un mozalbete que puede tener entre trece y quince años. Su mirada es fogosa y leal, la frente despejada, el aire desenvuelto, sus cabellos castaños se alborotan al viento. El vestido indica a un escolar no mal acomodado, y el acento denuncia a un sevillano.

-Comprendo vuestras advertencias y consejos, maese Miguel, pero yo no sirvo para ver aparejar las naos y ser de los que siempre se quedan en tierra. No me llama Dios por la senda de sus elegidos, y cada vez que veo a algún hidalgo de los que vuelven de Tierra Firme y les oigo contar de las riquezas y

las aventuras que deparan aquellas naciones, sueño por las noches que estoy en tremendos combates de los que me queda gran provecho y honra. He cumplido ya trece años, y si quiero seguir la carrera de las armas, es el instante de decidirme.

-No pretendo yo cortar tus alas, sino hacerte ver los peligros de esa vida que ignoras y que anhelas. Los tiempos están más que revueltos. Ese maldito impío de Kair-ed-Din al que nombran Barbarroja, como a su hermano el mayor, el que fue muerto en el ataque de las tropas castellanas a Tlemecén, merodea sin cesar de ~~-30-~~ acuerdo con el Gran Turco. Aún no hace muchos días me contaba un alférez recién venido de Roma, que Su Santidad Paulo III ha tenido que ordenar a sus mejores arquitectos, uno llamado Sangallo y otro Miguel Ángel, que trazasen los planos de grandes murallas, contrafuertes y fosos para la defensa de la plaza; y diz que también, por ahora hace un año asaltó la ciudad de Fundi para apoderarse de la bellísima condesa de Trajetto, Julia Gonzaga, a la que deseaba llevar a su serrallo. En noche cerrada llegó a la ciudad y asaltó con lo mejor de sus fuerzas el castillo, logrando la condesa escapar con dificultades saltando por una ventana trasera; y fue tan grande la rabia que acometió al cruel pirata, al ver fallido su intento criminal, que incendió la ciudad, después de saquearla, pasó a cuchillo a todos sus infelices moradores y se llevó cautivas a todas las mujeres.

-¿Y es cierto que ese llamado Barbarroja nació en el castillo de Aulencia, cerca de la villa de Madrid? -preguntó el muchacho interesado por el relato.

-Eso se dijo, pero la verdad parece ser la de que es hijo de un renegado griego y de cautiva cristiana y que nació allá por el año de 1465 para desgracia de la cristiandad. Afortunadamente, Su Majestad el emperador no está dispuesto a dejarle disfrutar del reino de Túnez, del que se intitula rey desde unos meses, y agora se encuentra revistando una potente flota de la que es almirante el genovés Andrea Doria, y en la que hay veinte galeras portuguesas, con tropas y cañones, veinte más con las armas papales de Paulo III y veinticuatro del emperador, amén de trescientas diversas embarcaciones menores, con todo lo cual se harán pronto a la mar para presentar batalla a

Barbarroja y que los buenos cristianos puedan dormir con sosiego, sin el sobresalto de no saber si cuando despiertan se encuentran esclavos de ese endemoniado.

Mientras su maestro hablaba, el discípulo se iba entusiasmando. Ya se veía a bordo de la gran galera *Bastarda* del valiente marino genovés, traspasando con su -31- acero a algún teniente infiel que había pretendido saltar al abordaje de la nave capitana. Sus ojos despedían chispazos de entusiasmo y su puño se crispaba como apretando la espada que sólo llevaba en su imaginación. El maestro se dio cuenta del efecto de sus palabras y trató de calmarle hablando de otros temas: de los errores en que recientemente habían incurrido algunos ingenios y las penas que el Tribunal del Santo Oficio habíales impuesto; de los últimos versos que había compuesto y que pensaba dedicar a la santa memoria de Adriano VI, pero la atención de su interlocutor no lograba fijarse. En su exaltado cerebro, el repiqueteo de los martillos de los calafates le sonaba a redoble de tambor llamando al arma. Aprovechando una pausa del maestro Heredia, su joven amigo se despidió de él. Lanzó una nostálgica mirada a los bajeles y con paso distraído se dirigió bordeando los muelles en dirección del puente de barcas que unos quinientos metros aguas arriba unía la populosa capital andaluza con el pueblecillo de pescadores de Triana. El maestro Heredia lo siguió unos instantes con la vista y mientras asomaba una sonrisa comprensiva a sus labios, no pudo menos de decirse a sí mismo: «Creo que tiene toda la razón; si yo tuviera su misma edad y energías, habría de salir al hacerse a la mar estos bajeles. Mi error fue seguir el consejo de Horacio y desdeñar el de Virgilio, que en estos azarosos y movidos tiempos más cierto es el hemistiquio de *La Eneida*, “audentes fortuna juvat”, que el “aurea mediocritas” de la oda horaciana, o el que yo mismo un día imité, sintiéndome pobre y sin demasiado ánimo: “Paupertas impulit audax ut versus facerem”.» Que vaya, si ése es su deseo, bendecido de Dios, que no habré de ser yo quien trate de apartarle de su vocación de aventura, y que si en los tiempos venideros llegase a ser famoso su nombre, alguien se acordará de que su galanura en el decir y sus principios le fueron inculcados por mí y acaso se lea en su historia: «Fue Juan de Castellanos hombre de buen decir y mejores

modales. Siempre se observó en él que había sido uno de los más caros discípulos -32- del maestro sevillano de Humanidades Miguel de Heredia», por donde bien podrá recaer sobre mí alguna parte de su gloria.»

* * *

Mes y medio después de la escena que acabamos de presenciar y cuando corría por Sevilla alborozada la noticia de que las fuerzas combinadas del emperador, las de la República de Génova y de Paulo III habían conquistado Argel, libertando más de veinte mil cautivos cristianos que gemían en las mazmorras del brutal Barbarroja, y haciendo huir hacia los arenales del desierto al famoso pirata septuagenario, una mañana que se anunciaba como calurosa por la neblina que estaba levantando de las aguas del río, la flota que componían el galeón y los dos bajeles, se dirigía hacia Tablada. En Cádiz se tenían que unir a ella varios bajeles más. Sobre el castillo de popa del galeón con las pupilas dilatadas por la alegría y el nerviosismo de su nueva vida, un paje de la flota agitaba de vez en cuando un blanco lienzo. Juan de Castellanos decía así adiós a los que habían ido a despedirle. En el muelle de la Casa de Contratación, el hidalgo Cristóbal de Castellanos, su padre, y el maestro Miguel de Heredia se consolaban mutuamente de la marcha del paje. En el fondo, los dos envidiaban la decisión y el coraje del muchacho que iba en busca de conquistas, de fama y nombradía.

En la retina del paje Castellanos se grababa de por vida la silueta de la Torre del Oro que en aquellos momentos brillaba como una ascua al recibir los rayos del sol de finales de junio de Sevilla. La neblina, deshecha por su fuerza, dejaba ver la silueta de las agujas de la catedral y la esbeltez incomparable de la Giralda. Los gritos de las gaviotas parecían darle al muchacho la despedida, y cuando al ser llamado por segunda vez desde el entrepuente, por su compañero Baltasar de León, acudió sin darse demasiada cuenta de lo que hacía, los ojos de Juan de Castellanos estaban enrojecidos, no se -33- sabe si de tanto mirar con fijeza a la lejanía o de pensar que en aquel día comenzaban para él los trabajos y las aventuras, que le hicieron más tarde variar su condición de soldado conquistador en Indias, por la más tranquila de capellán

beneficiado en Tunja, del reino de la Nueva Granada, donde falleció de edad de ochenta y cinco años el día 27 de noviembre del año de 1607. «Y si, lector, dijeres ser comento, como me lo contaron te lo cuento.»

De Juan de Castellanos, de quien lo copia trescientos años más tarde el poeta Espronceda en *El estudiante de Salamanca*.

-34-

▽△

II. Examen de ingenios y diálogo imaginario

▽△

El adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada y el ingenioso hidalgo don Alonso Quijada

Si es odio, envidia o mala querencia que muchas naciones tienen contra la española.

G. Jiménez de Quesada

Viejo, asmático y enfermo, pero sin perder su noble continente, ha salido de su sepulcro ignorado el descubridor del reino de Nueva Granada y fundador de Santa Fe, don Gonzalo Jiménez de Quesada, que murió en Mariquita por el año de gracia de 1579, a los ochenta de su edad.

Ha vuelto a esta planicie bogotana en la que un día se ocultara a sus persecuciones el chibcha Sacresaxigua y volverá a recorrer sus primeros pasos, esta vez por mejores caminos y de la mano de un hidalgo, natural de aquel vasto reino que descubriera. ¡Quiera Dios que se libre de admiradores a la manera de los que le abandonaron en su gloriosa y estéril expedición del Dorado y que no se tropiece con el arriero y el tedesco, ni con la ruin alma en pena de aquel Montaña a quien mandó ejecutar en Valladolid el rey nuestro señor!

«Exspecto resurrectionem mortuorum» mandó grabar el adelantado en su losa, y hoy una mano experta reconstruye sus cenizas, le encuentra su vestidura carnal y nos lo entrega con sus virtudes y con sus defectos en la reconstrucción literaria de su espíritu ingente.

Unamuno salió en busca del sepulcro de Don Quijote, y Germán Arciniegas ha encontrado el de don Gonzalo -35- que, bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos custodiaban también como el de Alonso Quijada para que no resucitase renovando sus santas y maravillosas locuras que le condujeron en vida hasta su ejemplar muerte.

«Cuando el hombre hace algún hecho heroico o alguna extraña virtud y hazaña -ha dicho Huarte en su *Examen de ingenios*-, entonces nace de nuevo y cobra otros mejores padres y pierde el ser que antes tenía. Ayer se llamaba hijo de Pedro y nieto de Sancho: ahora se llama hijo de sus obras.» Y si don Gonzalo, a sus locuras heroicas del Magdalena y del Dorado, une virtudes de honor, de templanza, de claridad, de disciplina y buen gobierno, y hazañas memorables que le hacían preferir la muerte a abandonar la gloria y el buen servicio que se le había encomendado, bien podemos decir que él era de los linajes que son y no fueron, como dijo Unamuno, y que su linaje comienza con él. Porque es cuento gracioso éste de los linajes que con tanto afán se buscan y muestran orgullosamente. Préciase mucho un duque de las hazañas de un abuelo, y desprecia a quien sin linaje como el suyo está fundando otro del que después habrán de vanagloriarse generaciones venideras. Y no ha de ser tanto

motivo de soberbia descender del héroe como tratar de imitarle en sus empresas.

Linajes propios tienen el adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada y el hijo, que Arciniegas nos muestra, nacido de coyunda de amor en pleno desengaño por trato con curiales y alguaciles, cuando fue a España en busca del gobierno de sus reinos de Nueva Granada y se encontró con pleitos, demandas y persecuciones. No es de extrañar que el don Alonso engendrado en pleno desafuero del César con el leal soldado y buen justicia que fuera don Gonzalo, diera a fuerza de pensar, en la sublime locura de desfacerlos. Linaje de Quesadas quedó después de muerto nuestro buen don Gonzalo, y aunque en tono menor, de tal linaje son tantos y tantos buscadores de aquel Dorado que no logró aprisionar. Linaje de Quijotes quedó después de muerto -36- don Alonso y mal andan los pobres en esta coyuntura de desvarío que sopla por Europa como en los tiempos azarosos de Francisco I, Enrique VIII, y Carlos V.

Y a don Gonzalo pudo por igual aplicar el bachiller Sansón Carrasco, si se hubiese encontrado en Mariquita cuando el tránsito del adelantado, el epitafio que aplicó a don Alonso:

Yace aquí el hidalgo fuerte
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con la muerte.

Vuelve al camino don Gonzalo, y ahora sin capitanes, en peregrinación por los lugares de su Nueva Granada, que otro de los que fundan linaje supo arrancar a las manos rapaces de una corona vacilante, más hambrienta de diezmos, quintos y alcabalas que de que fuera justa la justicia que en su nombre se hacía. Y no podrán empañar sus jornadas ni los desafueros de fray Tomás Ortiz, ni el recuerdo de su rencilla con Lázaro Fonte, sobreviviendo, en

cambio, su gesto de buen capitán que ofrece el caballo a los enfermos, sus defensas de indios, que llegan en la primera etapa del descubrimiento a la ejecución del soldado Juan Gordo por ladrón de mantas a un indígena, y en la segunda, a arrostrar el destierro del miserable de Montaña para que los naturales del país por él descubierto supieran que si había un español injusto, con poder suficiente para hacer ley de la arbitrariedad, había otro, capaz de enfrentarse a sus ruindades, en defensa de la justicia malparada.

Y no ha de olvidar el adelantado en esta su excursión por las tierras frías, temperadas y calientes que ganó con su corazón, una flor de piadoso recuerdo para cada uno de sus compañeros fieles caídos en la gran aventura, que hijos de su obra fueron, y por tanto, hermanos del don Alonso, cuyas empresas narrara con fidelidad Cervantes, otro español víctima no en Indias, mas en su propia tierra, de golillas y escribanos, compadres de los que como plaga cayeron en las feraces campiñas de la -37- Nueva Granada detrás de los Quijotes para desgracia de sus moradores.

No irán con él, ni Rendón, «flor de la cortesanía / ni el recio Lázaro Fontes, / que le hizo gran compañía», pero a distancia y humildemente ha de seguirle el rucio que desde Santa Marta escaló con el adelantado la sabana de Cundinamarca, sin una queja ni una vacilación, como siguiera Sancho a don Quijote impregnado de la fe en los destinos de su señor a quien no obstante veía alancear molinos.

A las mentes se me viene el recuerdo de aquel canónigo que en sacando a don Quijote de la jaula, se empeñó en demostrarle que no había tales encantamientos, ni existieron jamás los caballeros andantes; porque a este redivivo don Gonzalo, que nos brinda ahora Germán Arciniegas, pudiera ocurrirle que trataran de despojarle severos eruditos de algunas de sus virtudes o algunos de sus defectos para «restablecer un hecho histórico»; y en eso yo creo firmemente que la verdad no es tanto lo que fue, sino lo que es, con materia o espíritu -que ello es indiferente a este respecto-; y acordémonos de lo acertado que estuvo don Quijote respondiéndole al clérigo: «¿Que no son ciertos? Léalos y verá el gusto que saca de su leyenda.» Y estaba en lo fijo,

como al agregarle: «De mi sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando y sufridor de trabajos...».

Tal fue el letrado Gonzalo Jiménez de Quesada desde que se metió a descubridor o caballero andante. Su pasado, que le hiciera abandonar Granada «por alguna fichería», murió con su primera hazaña en Indias, y su muerte en el poblado de Mariquita, fue el paso que en espera de su resurrección le llevara a la inmortalidad.

-38-

▽△

Coloquio de Autor y Protagonista

La escena entre tres lienzos blancos. Puede el espectador ver, según su gusto, las paredes frías de un nicho abierto, las primeras páginas de un libro por escribir, o el símbolo de la intención pura con que dialogan los que en ella se encuentran.

Una telaraña gigante, labrada en cuatro siglos, difumina la mitad derecha del escenario. En la escena dos personajes se mueven con desenvoltura. Por caso curioso las vestiduras dan un salto en la Historia y mientras la del Protagonista se ajusta a los cánones del siglo XVI, la del Autor es de época actual. La tela de araña tras la cual se mueve el Protagonista, impide ver con claridad los trazos de su rostro.

El Protagonista es conocido por el adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada; el Autor o biógrafo es Germán Arciniegas. Huelgan, pues, mayores explicaciones.

Autor.- Yo no sé, mi señor don Gonzalo, por qué milagro, o si no hubieseis de enfadaros tomándolo a irreverencia, por qué arte de encantamiento podemos encontrarnos frente a frente en este día, cuya fecha ignoro, y en este

sitio que difícilmente puedo localizar. Lo que sí sé, es que me alegra el ánimo la perspectiva de nuestro coloquio hace tiempo por mí deseado.

Protagonista.- Amigo mío -y este título os indicará la disposición de mi espíritu hacia vos-, la razón de esta sinrazón aparente no ha de escapárseos, recordando -39- mis últimas voluntades que conocéis, y entre las que se encuentra expreso mi deseo con estas palabras: «Exspecto resurrectionem mortuorum»; y teníame yo por muerto de veras, cuando vuestro propósito de escribir un libro sobre mi vida, aventuras y desventuras me ha deparado la ocasión de reunir mis huesos harto dispersos y envolviéndolos en mi postrer figura, volver a vivir entre unas gentes de las que espero me informéis un tanto, ya que de mí podréis decirles lo que hasta hoy nadie imaginara de mi descendencia.

Autor.- ¿Será entonces verdad lo que sospecho?

Protagonista.- Porque lo sospechabais he querido informaros del secreto que me guardó mi contrapariante don Miguel de Cervantes. Alonso Quesada es hijo mío. Hijo de unos momentos dolorosos de mi viaje a España, y a quien dejé una renta asegurada, para que sin necesidad de nuevas empresas de Indias, tratase allá de alzarse sobre el fango y mostrándole a mi desdichada España el camino de un ideal perdido, engendrarse el amor a la justicia por la que tanto padecemos juntos españoles y naturales destes reinos; y al ser tenido por loco en sus hazañas, pudieran sus verdades ser proclamadas sin temor al Santo Oficio, ni a los privilegiados cortesanos de los que guardé siempre recuerdo amargo. Sepa, sin embargo, su merced, mi buen amigo, que creo convendría en esa narración que vais a publicar, no dar la noticia como demasiado segura, porque la ceguedad de tantos como se han ocupado de mi hijo, habría de dejar en mal lugar una afirmación rotunda. Lanzad, pues, como posible nuestro parentesco, que él se abrirá camino y yo he de quedar contento con el servicio.

Autor.- Así habré de hacerlo, don Gonzalo, no sólo por obedeceros gustosamente, sino también por evitar el chaparrón que muy bien pudiera

venírseme encima. Pero decidme, señor adelantado: ¿No sería posible ver vuestro rostro con la claridad suficiente para poder después hacer su descripción y que el público pudiera con seguridad reconocerlos cuando estéis entre él?

-40-

Protagonista.- ¿Mi rostro? ¿Qué ha de importarles al mundo la fachada, si el retrato moral es el que vale y éste quedará limpio en vuestro libro? Más acertado será a mi juicio dejarlo en esta penumbra y así no causaremos pena a quienes creen conocerme, ni gasto nuevo a los peculios de coleccionistas y ellos habrán de agradecerlo. Ya quedó el nombre y memoria de mis trabajos, de mi amor a los indios y de mi recto proceder. Es algo a lo que creo, por el buen juicio que a la posteridad merezca un descubridor que pudo morir en la cama respetado y querido por indios, criollos y españoles. Que no merecían ese glorioso título los que con malas artes y peor intención vinieron a estas tierras de encomiendas a aprender el oficio de opresores para después ejercitarlo con más refinamiento de regreso a España. Pero esto, mi señor Arciniegas, no es para este momento, y así os ruego que en nuestro próximo coloquio no dejéis de informarme de las mudanzas de estos reinos por cuya felicidad he de hacer mis mejores votos.

Y la noble figura del adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada se borra de la escena. Queda el Autor unos instantes recogido, esboza en sus ojos un ligero destello de sonrisa, y ante el espectador aparece la portada de un libro que dice: Germán Arciniegas, Jiménez de Quesada. A. B. C. - Bogotá, 1939.

¿Historia? ¿Novela? ¿Biografía? Verdad humana, profunda y cautivadora desde su comienzo.

Bogotá, a 15 de junio de 1939.



III. Pedro Ordóñez de Ceballos



Espejo de trotamundos

Estaba a la sazón allí, en Ginebra, un fraile de cierta orden, al que habíamos conocido en Indias, y se había casado, y era bodegonero, el cual nos regaló mucho y enseñó toda la ciudad.

Pedro Ordóñez de Ceballos: *Viaje del mundo*

Revueltas andaban las ideas sobre el lenguaje de Castilla en la Corte del rey nuestro señor don Felipe III; casi tan revueltas como las relaciones entre los príncipes de Europa o las de cristianos y moriscos, en la Península. Don Francisco de Rojas Sandoval, duque de Lerma y privado del rey, vestía ya la púrpura cardenalicia con que le había agraciado Su Santidad Paulo V al tener conocimiento del estado eclesiástico abrazado por el de Rojas a la muerte de su esposa.

El último correo de Londres traía una misiva del embajador de Su Majestad para el Duque de Uceda, en la que le contaba los sucesos del Parlamento británico, que al fin se había decidido a convocar el rey Jacobo, después de cuatro años de gobernar sin él. La experiencia había terminado encerrando en la Torre de Londres a los jefes de la oposición, por consejo del Conde de Somerset. De las Indias venían informes sobre continuos descubrimientos y poblaciones, así como del número de infieles que los padres de San Francisco, de la Compañía, y los dominicos y mercedarios, lograban convertir -42- para

mayor gloria de Dios y riqueza de la Corona en sus nuevas y dilatadas tierras de ultramar.

Por la puerta de Nuestra Señora de Atocha, una mañana de junio de 1614, un clérigo alto, enjuto, con la piel requemada como de largas andanzas bajo sol inclemente, y con un envoltorio bien atado con cintas bajo el brazo, atravesaba la calzada en dirección al hospital nuevo que por la bondad del rey don Felipe II había levantado el maestro Herrera. Sigamos a nuestro clérigo hasta que subiendo por la costanilla de las Trinitarias toma la calle de San Agustín y dobla a la izquierda entrando en la de los Francos que iba del palacio de Medinaceli a la del León. Allí se le ve vacilar, busca en la faltriquera unos apuntes, se cerciora y por fin se interna en un portal de una casa de pobre aspecto, con dos plantas y un balcón en la segunda. Sube las pocas escaleras que le llevan al entresuelo sin gran prisa, se detiene ante la puerta de cuarterones que encuentra en el rellano y hace sonar discretamente el picaporte. Mientras salen a abrirle, examinemos con más detenimiento su aspecto. La primera impresión se confirma: la color de su rostro y la piel de sus manos, anchas y nudosas, nos harían creer en presencia de un párroco rural como de unos cincuenta y cinco años de edad; pero el brillo acerado de sus ojos, el fruncimiento de sus cejas pobladas y el movimiento vivo de su noble cabeza hacia atrás como para despejar la pesadez que el calor seco del día le ha podido prender, no hablan mucho de un clérigo adocenado por la vida tranquila de una aldea. La hebilla de plata que asoma bajo la sotana en su pie derecho, algo adelantado, vibra como atacada del baile de San Vito. Nuestro sacerdote muestra impaciencia más de acuerdo con un hombre de armas, que con un pastor de la santa Iglesia católica. Pone atención a lo que pueda oírse tras la puerta y el sonido de la campana de la capilla de Jesús de Medinaceli, le impide darse cuenta de si salen a darle paso, pero su expresión se dulcifica y hace la señal de la cruz con devoción. Apenas lleva la mano derecha a los labios, la mirilla se abre, -43- y sin ver quién le observa, inquiere en voz bastante baja si el amo está en casa. El acento con el que habla es algo ronco, se dijera un andaluz de Jaén, pero al mismo tiempo está como suavizado por larga estancia en Indias.

La puerta se abre tras el ruido de un gran cerrojo al despasarse, chirrían los goznes, y siguiendo a una especie de joven maritornes, recorre un pasillo de paredes blancas, en el que todo el ornamento es una rústica percha de madera oscura y un espejo de Venecia con marco de oro viejo. Ante una puerta entornada, la maritornes dice:

-Mi señor amo, aquí un padre desea ver a vuesa merced.

-Siga vuestra reverencia y sea bien venido, que estoy como criado para servirle -dijo un anciano en quien podemos reconocer al Príncipe de los Ingenios, don Miguel de Cervantes Saavedra, en sus sesenta y siete años.

Nuestro buen sacerdote se adelanta rápidamente para impedir que el anciano se incomode en su recibimiento y explica:

-Bien le ruego que me perdone, mi señor don Miguel, por esta mi audacia, pero la gloria de su fama es la causa desta molestia que vengo a traerle. Y sin pasar adelante, sepa vuesa merced que mi nombre es Pedro Ordóñez de Ceballos, que fui ordenado ya va por más de treinta años por el señor arzobispo de Santa Fe de Nueva Granada, después de haber servido en galeras como alguacil contra los turcos; de alférez y capitán de Indias; de veedor de la flota de Su Majestad, gobernador en Popayán y dado más de una vez la vuelta al mundo, conociendo sus cinco partes: la Europa, el Asia, el África, la América y la Malaganía o tierra desconocida; que de todas mis andanzas he hecho relación sucinta para buen espejo de trotamundos, y que en afanes de impresión ando ahora convenciendo para ello a Luis Sánchez, en cuyas prensas pudiera ser que viera la luz la obra de que os hablo y otra intitulada *Cuarenta triunfos de la santa cruz de Nuestro Señor*, que en su gloria y loor he compuesto y cuya devoción me ha acompañado -44- y salvado de tantas guazabaras en las que me tocó andar.

-Y yo habré de holgarme de que se cumplan vuestros legítimos deseos, mas no acabo de comprender en qué puedo ponerme a vuestro servicio -contestó don Miguel.

-Sí vais a comprender cuando os diga que el renombre de la historia de don Quijote de la Mancha ha sido tal y tan grande mi gusto cuando lo conocí, que por ir en mi compañía aventurera hubo de saber dél el grande Emperador de la China y deseoso de que en un colegio que tiene pensado fundar, se lea castellano, encargome muy reiteradamente que a mi regreso hiciera por veros y suplicaros de ir por aquellas tierras, donde pudierais ser rector del dicho colegio con grande honra y provecho para todos. Y por que no creyereis que es esto producto de mi fantasía, diome esta letra en lengua chinesca que yo os he trasladado a la nuestra, en la que explica sus deseos.

Y uniendo la acción a la palabra, el padre Ordóñez alargó a don Miguel dos documentos, quien leyó el uno no sin cierto asombro y dijo:

-Difícil habrá de serme agradecer al grande Emperador de la China el haber pensado en mi persona para trabajo de tanta honra y provecho, que habrá de serlo pues que vos lo decís, pero ni los achaques, ni los años, ni el trabajo en que estoy, dando fin a la segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, que un clérigo menos andariego que vuestra reverencia y más envidioso, sin duda, lanzó por el mundo para empañar a mi señor don Quijote y el darle remate pronto a esta segunda parte, me impiden aceptarlo. Pero sí os prometo dar cuenta de vuestro generoso paseo hasta la Villa y Corte en las líneas con que habré de dedicar a mi gran protector el señor Conde de Lemos la aparición de estas últimas aventuras. Y ahora, dígame vuestra reverencia: ¿Tiene en su pensamiento volverse pronto para la Corte del gran Emperador de la China?

-En eso ando, y he solicitado de fray Juan de la Piedad, obispo de China y de Macao, el nombramiento -45- de provisor, juez y vicario general de los reinos de Cochinchina, Champao, Cicir y los Laos, y Dios mediante espero embarcar para aquellas tierras de infieles y atraer a la verdadera luz de nuestra santa religión a muchos miles, como ya tuve la suerte de hacerlo con la reina de Cochinchina y muchos dignatarios de su Corte. Que con la ayuda de la sancta cruz, no ha de ser obstáculo mi ignorancia y tibieza.

-Y bien que lo lograréis, que me parece que vuestra suerte, mi señor don Pedro, ha sido en eso de andar por el mundo más afortunada que la mía. En Lepanto dejé, con honra pero sin gran provecho, la vida de la mano izquierda, y quiso mi desventura que cuando caí en manos de corsarios argelinos, durase largos años mi cautiverio, y de allá para acá, de poco valen mis pedimentos, dedicándome a construir con mi ingenio las aventuras que la vida hubo de negarme, y a vos, por lo que me contasteis, os las deparó notables y abundantes. También yo tuve curiosidad de ver las Indias, y ya me veía en la poderosa Cartagena o en Santa Marta, pero un lisiado de poco ha de valer en aquellas tierras, o a lo menos así lo entendieron los que tuvieron en su decisión la de mi vida, y si no es ingrata la charla con un viejo, os ruego no ser ésta la postrer visita, que en siendo vos, seréis bien recibido.

-Yo, por mi gusto, mi señor don Miguel, comenzara ya a narraros mis jornadas en corso, aunque nos despacharon a «tomar lengua»; mi cautiverio a manos de turcos que me libertaron y regalaron; los viajes por Flandes, por la Francia, la Dania y la Inglaterra; mi naufragio en la isla de Bermuda; las andanzas por el río Grande de la Magdalena; mis oficios en Indias y las muchas guazabaras de las que salí con bien, unas veces con los negros cimarrones y otras con los pixaos y demás naciones indias, hasta mi cambio de estado, que no lo fue para darme demasiado descanso, pues ya en él recorrí virreinos y presidencias, pasé, por voluntad de Dios, a la Malaganía y al Asia, y allí espero como os decía tornar pronto, si la salud, que quiere resentirse, no me -46- abandona en cuanto acabe con este pelegrinar de imprentas. Pero si mis amigos, que los tengo, y buenos en la Corte, me consiguen la tasa y el privilegio para este *Viaje del mundo* que aquí traigo, será grande honra para mí que los ocios que pudiera tener vuesa merced, los distrajera con la letura de mi narración, que en ella nada invento, más bien abrevio, por no resultar de tan prolijo, fatigoso al lector.

-Vaya con Dios vuestra reverencia, y, si de ello es contento, sabiendo que habrá de ser para mí placer y grande la letura de vuestros viajes, con la que creo habré de olvidar las dolencias del cuerpo que aquí me tienen prendido a este sillón.

-Él os guarde y os guíe para deleite de cristianos y el glorioso San Gregorio, cuya medalla en una ocasión me quitó un gravísimo dolor de estómago que más de cuatro años, con excesivo sentimiento, me tenía atormentado.

Y así diciendo, estrecha nuestro buen clérigo la mano diestra de don Miguel, y sale de nuevo a la calle. En la esquina de la del León casi tropieza con otro sacerdote. Se saludan corteses. No imaginaba el padre Ordóñez que se ha cruzado con fray Gabriel Téllez de Girón, cuya última comedia había aplaudido la noche anterior en el Corral de la Pacheca. La Corte era entonces pródiga en ingenios, y el cura trotamundos desaparece con sus manuscritos camino de la imprenta de Luis Sánchez, y bien dispuesto para regalarse luego con unos hojaldres de los que habían ganado justa fama en el horno de la calle del Mesón de Paredes.

Al acabar la lectura del *Viaje del mundo* de Pedro Ordóñez de Ceballos, que el Ministerio de Educación de Colombia volvió a imprimir en 1942 como el volumen primero de Viajes en la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, viví esta escena que ahora cuento. Abrí el *Quijote* por la dedicatoria de la segunda parte al señor Conde de Lemos y leí con sorpresa: «... porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan a que le envíe, para quitar el ámago y la náusea que ha causado -47- otro don Quijote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe; y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande Emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, o, por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote. Juntamente con esto me decía que fuese yo a ser rector del tal colegio. Preguntele al portador si Su Majestad le había dado para mí alguna ayuda de costa. Respondiome que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podéis volver a vuestra China a las diez, o a las veinte, o a las que venís despachado; porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje...». Y pensando en la escena que actuando de cojuelo pude ver, me sonreí de cómo el Príncipe de los Ingenios disfrazaba la verdad al decirla a medias. Y sólo me queda pedir al que ha sacado a luz el primer tomo del *Viaje*

del mundo que no deje para muy tarde la publicación de las páginas que aún quedan por publicar, que todos habremos de ir ganando con ello y podremos decir que en la disputa por el lenguaje que allá por los comienzos del siglo XVII se tragara en Madrid, don Pedro Ordóñez de Ceballos se inclinó sabiamente del lado de los que, siguiendo a Valdés, huían de la afectación para regalo de los que hoy podemos deleitarnos con su prosa fluida y sencilla.

Bogotá, abril 1942.

-48-

▽△

IV. La Condesa de Soissons

▽△

Una intriga en la Corte del rey Carlos II

El 25 de abril de 1686 las puertas del gabinete regio de Madrid se abrían para conceder audiencia privada a Olimpia Mancini, condesa de Soissons y sobrina del cardenal Mazarino, después de un complicado incidente protocolario, promovido por Olimpia, que se había negado a vestir de negro para la entrevista, como exigían las rigurosas leyes de la etiqueta palaciega, temiendo que su proximidad a los cincuenta años padeciese, al despojarse de sus encajes, terciopelos y brocados, con los que todavía conseguía defender su belleza ya un tanto pasada.

Los reyes mostraron, deliberadamente, toda su frialdad en la breve audiencia. Y mientras la reina María Luisa le hacía las indispensables preguntas de cortesía, pudo Olimpia darse cuenta del cambio operado en aquella princesita espiritual y alegre que bailaba siete años antes en el palacio de Nevers, al despedirse de la Corte de su tío Luis XIV de Borbón para sentarse en el Trono de España. Los grandes y expresivos ojos de la entonces

Petite Demoiselle nada tenía de común con la mirada triste y huidiza de la reina de las Españas. Los largos cabellos que en París formaban recogidos bucles, pendían ahora a la moda española, siluetando el rostro marfileño que las penas, los temores y la ansiedad habían alargado y endurecido. El ambiente denso y sórdido de la Corte de Carlos II había impreso profunda huella en las facciones de María Luisa de Borbón y Orleáns.

-49-

Quedaban muy lejos los únicos recuerdos gratos de la reina a su llegada a la capital de las Españas. Su brillante entrada el 13 de enero de 1679, cuando montada en brioso caballo andaluz que llevaba de la brida su caballero mayor el Marqués de Villamagna, y tocada con precioso sombrero de plumas blancas en el que destacaba la maravillosa perla «Peregrina», se detuvo a saludar al rey y a su madre que presenciaban el desfile desde los balcones del palacio de Oñate; cuando escuchaba embelesada el tedeum que en la iglesia de Santa María dijera el cardenal Portocarrero y pasaba por debajo de los hermosos arcos triunfales levantados en su honor, y cuando en el salón del trono toda la Corte le había rendido pleitesía y besado su mano. Le parecía un sueño el recuerdo de las fiestas reales de toros celebradas pocos días después en la plaza Mayor, que había sido reconstruida por los cuidados del rey don Felipe III y bajo la dirección del arquitecto Juan Gómez de la Mora, sesenta años antes de su llegada a España. La suntuosa plaza, en la que se habían gastado novecientos mil ducados, sirvió de marco a la más animada fiesta con que el rey su esposo quiso obsequiar a María Luisa.

La presencia de Olimpia Mancini, al recordarle el baile de su despedida, trajo de nuevo a la memoria de la reina los detalles y las incidencias de la fiesta real de toros en la plaza Mayor. Volvía a ver los amplios balcones desde donde presenciaban el espectáculo los cinco Consejos de la Corona, las autoridades de la Corte, las embajadas de toda Europa, los grandes de España y los títulos de Castilla. Recordaba los reposteros y las colgaduras que los decoraban lujosamente y a la multitud aclamándola con entusiasmo. Oía otra vez las músicas y presenciaba el desfile de los caballeros, siguiendo a los seis

alguaciles suntuosamente ataviados, que habían atravesado la plaza para ir a buscarlos. Ante ella se aparecían las sonrisas que le dirigían las damas de la Corte cuando recibían los bolsillos de ámbar llenos de monedas de oro con los que de parte de los reyes se les obsequiaba y distinguía, y veía como si los tuviera -50- presentes a todos los caballeros en plaza: al elegante Marqués de Camarasa; al Conde de Ribadavia, espléndido jinete; al Duque de Medinasidonia, resplandeciente como un ascua, y al joven Conde de Königsmark, que no queriendo quedar peor que los demás caballeros españoles, a pesar de ser sueco, había presentado la más brillante de las comitivas de doce caballos enjaezados y seis mulas cubiertas de gualdrapas de terciopelo bordado en oro. El espectáculo en verdad le había impresionado. Cada caballero llevaba cuarenta lacayos con vestidos exóticos, y el desfile, antes de retirarse a las barreras, había sido un prodigio de riqueza y de colorido. La reina era la primera vez que presenciaba lances de toros y sus ojos se habían entusiasmado al ver la destreza y habilidad con que clavaban los rejones Ribadavia y Camarasa quebrando el mango y sacando el caballo de la suerte mientras los gritos de entusiasmo de la gente les pagaban de su valentía. Pero la mayor impresión la había recibido al ver aguantar una tremenda embestida del primer toro al Conde de Königsmark que, menos hábil, ya que no menos valeroso, no había querido huir, rodando por los suelos caballero y caballo, siendo aquél gravemente herido y salvando la vida gracias a la pronta intervención de uno de los peones vestido de moro que al ver en peligro al caballero sueco, metió una muleta, atrajo hacia sí al toro y clavándole la espada hizo rodar muerta a la fiera. María Luisa se había cubierto los ojos con las manos. Cuando tímidamente dirigió la vista al lugar del incidente, el diestro que había acabado con el toro, mostraba en la mano una bolsa de doblas de oro que el soberano le acababa de arrojar como premio a su acción. Entretanto el noble sueco había sido retirado de la plaza, y la fiesta continuaba con la salida del toro siguiente.

Pero en el recuerdo vertiginoso de aquellas escenas vino a mezclarse el de otra ocasión -año y medio más tarde- con el mismo escenario. El rey ya no era el mismo para con ella, y a pesar de que le había manifestado a Carlos su

deseo de no asistir al auto de fe que iba a -51- celebrarse en la plaza Mayor el día 30 de junio de 1680, había tenido que soportar doce mortales horas presenciando el horrible espectáculo. Ya entonces, como ahora, la sonrisa había desaparecido del rostro de la joven reina, a la que examinaba inquisitivamente la Condesa de Soissons.

Olimpia, voluptuosa y amena en su conversación, se retiró, advirtiendo que sería necesario desplegar la máxima habilidad para vencer la desconfianza de la reina hacia su persona. Pero el obstáculo era siempre un incentivo para la intrigante condesa, y el ofrecimiento del Gobierno de Flandes, que el embajador Mansfeld la había insinuado, si salía con bien de la tarea de inclinar a una Borbón del lado del Emperador de Austria, la dispusieron a vencer todas las resistencias. Además el recuerdo de Margarita de Parma que, antes que ella, había gobernado a los flamencos, animaba a la astuta cortesana.

Calma, sangre fría y tesón fueron siempre las principales armas de la Condesa de Soissons en la consecución de sus propósitos. Humilde unas veces y altanera otras, según las circunstancias lo aconsejaban, se fue adueñando del espíritu de la reina María Luisa, a pesar de que ésta, con clara intuición, había presentido en ella a un agente de Mansfeld.

Las rancias damas de la Corte velan con repugnancia la intromisión de la aventurera francesa en la alcoba de la reina. Pero las preocupaciones internacionales de Luis XIV de Francia vinieron a favorecer los planes austriacos. La reina María Luisa acariciaba hacía tiempo la ilusión de una entrevista entre Carlos II su esposo y Luis XIV su tío, convencida de que podrían en ella limarse las asperezas que separaban en aquellos momentos a los dos monarcas. Se había convenido ya, aprovechando el mal estado de salud de Luis XIV, que éste realizaría un viaje al balneario de Barèges y, si Carlos no podía reunirse con él, María Luisa acompañaría por unos días a su tío, para ponerle al corriente de las maniobras austriacas en los recovecos del palacio -52- de Madrid, y recibir allí instrucciones que pudieran servir para evitar la guerra entre España y Francia, temida por la pobre reina hacía tiempo. Mas las cosas no pudieron desenvolverse a medida de los deseos de María

Luisa, y Olimpia, deshaciendo la labor del embajador de Francia, Feuquières, que trataba de animar a la reina asegurándole que seguía contando con el cariño de Luis XIV, logró llevar al ánimo de la desdichada soberana el convencimiento de que había sido abandonada de los suyos y entregada por ellos a la camarilla de María Ana de Austria y del emperador Leopoldo.

Aprovechó la de Soissons la coyuntura favorable, y cuando vio a la reina suficientemente desilusionada, le hizo creer que su padre, el Príncipe de Orleans, había recibido el encargo de Luis XIV de venir a Madrid para envenenar a su yerno Carlos II, al que a pesar de todo seguía amando María Luisa. Al mismo tiempo lanzaba por Madrid la profecía de que el rey tendría, de una segunda mujer, al cumplir los veinticinco años (el 6 de noviembre del año que corría) un heredero que vendría a calmar las inquietudes del pueblo y de la Corte que presentían guerras y males para la patria, si moría el monarca sin sucesión directa. La profecía llegó a oídos de la reina y sus temores y sobresaltos aumentaron de tal modo, que no pudo ocultarlos a Feuquières, quien inmediatamente puso a Luis XIV en guardia contra la maniobra que se cernía sobre la reina, ocultamente dirigida por los peones de Mansfeld en ventajosa posición, y del peligro que podía significar para la apetencia sucesoria de Francia, el éxito de la intriga austriaca, llevada a buen puerto por la aviesa habilidad de la sobrina de Mazarino.

Olimpia no perdía su tiempo. En cuanto vio el terreno preparado y la ocasión propicia, destapó sus cartas y pudo convencer a María Luisa del abandono absoluto de su tío, que la había sacrificado siempre a los intereses de su política, abandonándola después, por desesperada que su situación fuese. Le brindó, en cambio, la protección del emperador austriaco, de María Ana, la madre -53- de Carlos II, de Mansfeld y de Oropesa, el primer ministro, en contra de todos sus enemigos ocultos, si se decidía a secundar sus planes.

Todo parecía resuelto y sus sueños ambiciosos de mando se acercaban a la realidad cuando de pronto una carta de Luis XIV, presentada personalmente por Feuquières al rey, diciendo que si algo le ocurriese a la reina habría de tomarlo como si le sucediera a una hija, vino a quebrar la jugada de la condesa.

La reina, en su reacción, se negó a admitirla más en su intimidad, y Mansfeld, para quien sólo el éxito contaba, se negó asimismo a premiar los servicios de su agente secreto.

* * *

Dos años apenas bastaron para agotar las veinte mil onzas que Olimpia había llevado en letras sobre Madrid. Su tren de vida escandalosa había dado buena cuenta de aquella fortuna. En su palacio era permanente la orgía desde las seis de la tarde hasta las horas de la madrugada en que se retiraban los más indeseables galanteadores de la Corte. Entretanto se decía en Madrid que la condesa se había casado secretamente con el Príncipe de Parma. Feuquières, el viejo y fiel embajador de Luis XIV, moría en la miseria el 5 de marzo del 88 y hasta el 2 de septiembre no llegaba a la Corte el Marqués de Rebenac, designado por el Rey de Francia para sucederle. Durante los seis meses que regentó interinamente la embajada Le Vasseur, la reina, aislada en palacio, cuidaba de la salud precaria de su marido a quien en varias ocasiones se creyó agonizante. El desdichado rey Carlos estaba convencido de que la Condesa de Soissons le tenía embrujado y que a ello se debían sus enfermedades. El Conde de Oropesa, dispuesto a mantener su privanza, decidió utilizar los servicios de Olimpia y cuando el rey quiso alejarla de la Corte y le hizo saber que se le regalaría el castillo de Trevernes y una renta decorosa para que se trasladase a Bélgica en un dorado destierro, la condesa se humilló ante la reina pidiéndole -54- que no se la alejase de Madrid. María Luisa aconsejó a la Soissons que acatase la voluntad real, desatando la más horrenda de las furias en la intrigante cortesana, que juró a Oropesa vengarse de María Luisa, de Rebenac -el reciente y joven embajador de Francia- y de Luis XIV, a quien nunca había perdonado por su destierro de París.

* * *

Poco tiempo más tarde la reina fue víctima de un benigno ataque de viruela, que quisieron aprovechar sus enemigos para separarla totalmente de su esposo. La reina madre, María Ana de Austria, llegó a impedir que una vez

recobrada la salud de su nuera, Carlos II, que ardía en deseos de verla, pudiera hacerlo diciéndosele para ello que tras la viruela, que ya la había desfigurado bastante, se le habían presentado unas llagas de aspecto repugnante. Cuando los esposos lograron de nuevo reunirse, con sorpresa y con ira comprobó Carlos que María Luisa se había librado de su enfermedad sin una sola señal en su cuerpo y con mejor aspecto que nunca. María Luisa supo utilizar en favor de un mejoramiento de las relaciones entre Francia y España, amenazadas por Austria, el influjo adquirido sobre el débil rey. Pero en su alegría volvió a admitir la presencia en palacio de Olimpia Mancini, que le hizo las mayores protestas de devoción y amistad.

La obsesión sucesoria del rey en su reconciliación con María Luisa le hizo creer que en breve la reina iba a darle descendencia, y el convencimiento, en enero de 1689, de que su pensamiento había sido pura ilusión, fue aprovechado por Oropesa y la reina madre para obligar a la infeliz María Luisa a ingerir toda suerte de drogas en remedio de la esterilidad. La reina se aterra. Comunica al embajador Rebenac los temores cada vez mayores de ser envenenada y le ruega angustiada que pida a París en prevención, el envío de contravenenos. Esto ocurría el 24 de enero del año de gracia de 1689.

-55-

El 8 de febrero siguiente, la reina dio su habitual paseo a caballo por el monte de El Pardo. A su regreso, la Condesa de Soissons le ofrecía un apetecible plato de crema de leche helada. Olimpia estuvo como nunca de cariñosa con la soberana. Hablaron de París con la añoranza de los diez años de ausencia. María Luisa pasó un rato agradable pleno de recuerdos, olvidando por un momento sus temores y sus preocupaciones, y la de Soissons se retiró para recibir en su casa un gran grupo de invitados entre los cuales figuraban varios amigos y consejeros de Oropesa.

Al día siguiente, a tiempo que se conocía en Madrid la fiesta suntuosa de Olimpia donde el champaña había corrido con singular esplendor, comenzaba a circular de grupo en grupo la noticia de que la reina era víctima de un horroroso ataque de cólera. Rebenac se dirigió a Palacio alarmado por

las confidencias que días antes le había hecho María Luisa, y porque desde París no habían llegado los remedios solicitados con premura. Vano intento el de ver a la soberana. So pretexto de que el protocolo impedía ver a la reina en su lecho, el embajador francés tuvo que volverse sin hablar con ella. ¡Dramática correspondencia la de Rebenac con Luis XIV en aquellos días tenebrosos en que la intriga triunfaba después de siete años de lucha solapada!

El viernes 11, la enferma da gritos espantosos por las horribles quemaduras que siente en el estómago. El médico de cabecera, un italiano, no toma medidas de ningún género para combatir el mal, y cuando Rebenac, enérgico en su petición, consigue entrar a la alcoba de la enferma, dice al médico: «Actúe usted como si la reina hubiera sido envenenada. Sé por qué lo digo.» Bassenne, en su estudio sobre la vida de María Luisa, analiza, con auxilio de autoridades en toxicología, los efectos del arsénico y la semejanza de los síntomas con las manifestaciones externas del cólera. Pero en Madrid no había epidemia de cólera en febrero de 1689, y el Marqués de Rebenac, cuando la reina hubo expirado, después de -56- perdonar a sus enemigos, solicitó, sin obtenerlo, el permiso de enviar a la autopsia varios médicos de su confianza.

* * *

Por los montes de El Pardo, camino de El Escorial, que había visitado recién llegada al Trono de las Españas, avanzaba un día frío de febrero a lomo de mulas la envoltura carnal de María Luisa de Borbón y Orleans, seguida por su camarera mayor en traje de dueña, y por el cortejo oficial seco y hierático que la acompañaba al panteón mandado levantar por Felipe II para las reinas españolas.

Quince meses más tarde, la desgracia de Oropesa en su condición de valido lanzaba de nuevo por el mundo a Olimpia Mancini, que imploraba a Vidame d'Esneval, embajador de Su Majestad Cristianísima en Lisboa, la protección del Rey de Francia para que se le permitiese embarcar en la capital portuguesa. D'Esneval comunicó la nueva a Luis XIV y aunque éste se había

abstenido por política de reclamar por el asesinato de su sobrina, el silencio y el desprecio fueron -como dice Bassenne- la venganza del Rey Sol contra la víbora venenosa.

-57-

▽△

V. El capitán Mitrovich

▽△

Historia del primer vapor colombiano. 1825

Desde el Alto Perú hasta el oriente de Venezuela, los patriotas sentían el orgullo de la victoria de Ayacucho. El año de 1824 había terminado, marcando el ocaso definitivo del poderío colonial de la Corona de Castilla. Las guerras de independencia habían lanzado a la Gran Colombia a la adquisición de una escuadra con la que oponerse a las fuerzas de mar españolas. El empréstito extranjero acordado por el Congreso Constituyente de 1824 se invertía rápidamente en la compra, en ocasiones desafortunada, de fragatas, goletas y cañoneras que consumieron 1.243.589 pesos. La quiebra de Goldschmidt y Compañía, y las dificultades para pagar el cuarto dividendo del primer empréstito dieron lugar a que numerosos almacenes de Venezuela y Ecuador se llenasen de toda clase de pertrechos marítimos. Cadenas, anclas, cordajes, alquitrán para calafateos, jarcias, etcétera, dormían envejeciendo y perdiendo precio; pero la fiebre por los negocios de mar se extendía por todas las costas atlánticas y pacíficas de la Gran Colombia.

* * *

En los puertos ingleses, algunos enamorados del nuevo método de propulsión para las naves, reñían una de las más oscuras y tenaces batallas para iniciar compañías marítimas de navegación a vapor que permitieran la

regularidad de las comunicaciones, sometidas -58- hasta entonces a la volubilidad de los vientos, principalmente en la travesía transatlántica hacia la que volvían sus ojos los grandes comerciantes de la vieja Europa. El capitán Mitrovich, rudo y experto marino letón que hacía años venía cruzando las aguas difíciles que separaban el Viejo y el Nuevo Continente, aparejaba su goleta *Telica* y preparaba su pacotilla en el puerto de Liverpool, dispuesto a hacer pronto rumbo a la América española. En su cabeza terca se forjaba el proyecto de establecer con su pequeño buque una línea de pasaje y carga entre los puertos del Pacífico, y el nuevo método de propulsión del que le había hablado con entusiasmo William Wheelwright, que andando el tiempo tenía que fundar la Steam Pacific Navigation Company, le hacían acariciar la idea de transformar su goleta en un flamante barco de vapor.

* * *

Siete meses después, en febrero de 1825, la goleta *Telica* sufría una profunda transformación. Mecánicos y herreros, escondidos en las entrañas del barco y bajo la dirección personal del capitán Mitrovich, se ocupaban activamente en dotar al buque de las máquinas necesarias para que las velas reposasen en su incesante trabajo de arrastrar la nave. La escena ocurría en el puerto de Guayaquil, donde las tradiciones marinas no se interrumpieron desde los primeros días de la conquista. El puerto del Callao era ya el único reducto de las fuerzas peninsulares y en él pretendía sostenerse Rodil en un desesperado esfuerzo de energía estéril.

El capitán Mitrovich había conseguido ya en diciembre, a punto de terminar las reformas de su pequeña nave, el abanderamiento colombiano, y las noticias que llegaban del Callao, presagiaban una pronta capitulación de los defensores que desde el mes de mayo conocían los dolores del hambre y del racionamiento y en donde el escorbuto hacía estragos causando más de seis mil bajas. Un viaje al Callao con mercancías de primera necesidad se presentaba como un excelente -59- negocio, y además permitía el traslado de unos veinte pasajeros que esperaban la rendición de Rodil para unirse algunos con sus familiares, de los que se hallaban aislados desde hacía más de un año.

* * *

El día 7 de febrero de 1826, las primeras luces del amanecer sorprendieron al puerto de Guayaquil en plena actividad. Sobre el puente del *Telica* el capitán Mitrovich vigilaba los últimos preparativos. Como quienes fueran a emprender una aventura que no dejaba de ser extraordinaria, los pasajeros, acomodados en la popa del barco, daban grandes voces que ahogaban los escapes estruendosos del vapor, calmando la ansiedad de los parientes que quedaban en tierra con los ojos llorosos y llenos de temor, por los atrevidos deudos que se embarcaban en aquel ruidoso bajel, en el que se aseguraba podrían llegar a Guayaquil en doce días, aunque el viento se negara a rizar las aguas del Pacífico. Casi todos los pasajeros eran comerciantes, impacientes por ver sus mercancías vendidas a buen precio entre los desgraciados habitantes del Callao, hambrientos y necesitados por el prolongado asedio. Sólo cuatro de entre los arriesgados viajeros iban movidos por el deseo de reunirse con su familia. Por la larga y estrecha chimenea del *Telica* un humo espeso y negro acreditaba el fuego que ardía en las entrañas de la embarcación. Silbidos horrisonos asustaron a los curiosos que presenciaban la salida, cuando el capitán Mitrovich ordenó avante a las máquinas, después de haber recogido el ancla. Alegremente el capitán ordenó a uno de los marineros, llamado Thomas Jump, que le subiera de su cámara al puente un vaso de whisky. El sol recortaba sobre la cubierta de popa de la nave la espesa columna de humo, que al contraste parecía aún más larga. Se había iniciado el primer viaje en barco de vapor partiendo de tierras colombianas y el pabellón tricolor de los libertadores ondeaba con gallardía prendido al asta que asomaba -60- por sobre la balconada de la brillante popa recién pintada.

Aún no llevaba el *Telica* nueve horas de navegación y una neblina espesa obligó al capitán a separarse de la costa para evitar los bajos. Uno de los comerciantes se percató del rumbo y formuló su primera protesta señalando el peligro que sus vidas podrían correr alejándose de la tierra firme. El capitán Mitrovich trató de calmarlo haciéndole comprender que precisamente de aquel modo era como evitaba el principal riesgo del viaje, ya que la mala visibilidad le impedía reconocer las señales de la costa y de no adentrarse en la mar era

fácil embarrancar, con el consiguiente daño para todos. Toda la noche hubo de navegar con precaución. La niebla era cada vez más espesa. Las luces de situación apenas se distinguían desde cubierta, y Mitrovich tuvo que reducir el corto andar del buque. A los cinco días de viaje, sin salir de la niebla, el ánimo de los pasajeros se había ido entenebreciendo. Los tripulantes comenzaban ya a poner malas caras. Mitrovich, parte por contrarrestar los efectos de la neblina en sus largas jornadas sobre el puente de mando, cuanto para disipar los efectos de las constantes protestas del pasaje, que no cesaba de refunfuñar y de quejarse, acudía con frecuencia al consuelo de llamar a Jump y hacerse servir la botella de whisky que cada día había que rellenar dos veces del barril que guardaba en su cámara. De las seiscientos ochenta millas que debía recorrer, apenas si había vencido la tercera parte. El combustible se agotaba más de prisa de lo que se calculara y el humor del capitán Mitrovich comenzaba a encontrarse más negro que el denso humo que salía por la chimenea del *Telica*. Por si era poco todo esto, al séptimo día se les presentó fuerte viento del Sur que al levantar la mar y obligar a forzar el andar, disminuía rápidamente las carboneras. Sin embargo, Mitrovich se había negado sistemáticamente a dar explicaciones sobre lo que faltaba del viaje a las continuas y destempladas quejas de los viajeros que amenazaban con exigirle apenas llegasen al puerto de destino -61- la devolución del importe de sus pasajes que habían pagado a más del doble del precio ordinario por la «seguridad» de acortar la travesía en una tercera parte.

Así las cosas, al despuntar el 18 de febrero, y ya con tiempo abierto y despejado el *Telica*, quemando los últimos residuos de combustible, después de haberse ayudado casi durante dos días con las velas, enfilaba el puertecillo de Huarmey, al que llegaba en las primeras horas de la tarde. A pesar de la prohibición de Mitrovich, los pasajeros, situados todos en la proa del buque, trataban de distinguir las casas del puerto que calculaban no era otro que el del Callao. El mismo comerciante que había formulado la primera protesta y que al acercarse a tierra iba recobrando el valor que le faltaba mientras sólo veía aguas profundas a su alrededor, se dio cuenta de que arribaban a otro puerto. El escándalo fue mayúsculo. Secundado por la mayoría de sus compañeros de

aventura, abrumaron al capitán con invectivas y amenazas. El viaje era, en opinión del pasaje, una verdadera estafa. El capitán había jugado con su plata y con sus vidas de una manera innoble. Todo tenían que arreglarlo las autoridades del puerto del Callao, si es que alguna vez lograban llegar a él. Mitrovich hacía gigantescos esfuerzos por conservar la calma que notaba se le estaba agotando por momentos. ¡Y le faltaban aún por cubrir, una vez hubiera hecho provisión de leña para las calderas, más de ciento cincuenta millas! Llamó rápidamente al contramaestre y le ordenó anclar un poco afuera del abrigo, para evitar la desembocadura del río Huarmey, enviando en un chinchorro a Thomas Jump para averiguar si podría encontrar con facilidad el combustible que le era indispensable y preparar la carga para las primeras horas de la mañana siguiente. Apenas hubo dado fondo a las anclas y salido Thomas Jump, la indignación de sus pasajeros no tuvo ya límites y acaudillados por el sempiterno descontento se presentaron en la cámara de Mitrovich, cuyos ojos enrojecidos por el alcohol y por la ira, los miraron amenazadores.

-62-

-Capitán, esto ya es intolerable -dijo con voz campanuda el negociante adoptando una actitud insolente-; hace más de tres días que debíamos de haber llegado al Callao y ahora resulta que este puerto que tenemos a la vista no sabemos cuál es. Usted más que marino es un pirata y exigimos saber a dónde nos lleva en este barco infernal.

-Conque infernal, ¿eh? -barbotó Mitrovich descompuesto-. Pues si es infernal, será al infierno a donde vayan -añadió iracundo. Y uniendo la acción a la palabra, desenfundó un enorme pistolón que llevaba a la cintura y apuntando rápidamente a un barril de pólvora que se encontraba en un ángulo de la cámara, soltó un pistoletazo que al incendiar el contenido produjo una espantosa explosión. El buque dio un salto violento. La cámara saltó hecha pedazos y confundidos con ellos, salieron disparados por el aire capitán y pasajeros. Thomas Jump oyó el estampido, fijó la vista en el barco y apretó fuerte las remadas para llegar cuanto antes a tierra. El *Telica* envuelto en

llamas, ardía como una tea. Aún vio caer el palo de mesana e inclinarse la pobre nave sobre su costado de estribor, para hundirse lentamente hasta la línea de cubierta. Allí el fondo arenoso de la bahía le permitió reposar, asomando su larga chimenea pintada de negro. Cuando saltó a tierra, unos cuantos pescadores le rodearon alarmados. La mar, como si quisiera acompañar los pensamientos últimos del capitán Mitrovich, se encrespó de repente y una fuerte lluvia apagó los restos del *Telica* que aún emergían de la superficie. El asta requemada se levantaba en popa. Orgullosa de haber hecho ondear sobre las aguas del Pacífico la bandera tricolor de Colombia en un barco de vapor, no se resignó pronto a desaparecer.

-63-

▽△

VI. Pierre d'Espagnat

▽△

Don Pedro el francés

Llegar a Bogotá desde el Terminal marítimo de Barranquilla, cómodamente sentado en un *Douglas*, en una travesía de menos de tres horas, está al alcance de cualquier turista. Salir de Bogotá en un rápido y moderno autoferro, hasta Ibagué, pasar en pocas horas el Quindío, dormitando en un carro, y continuar en ferrocarril hasta Buenaventura para alejarse luego de Colombia y anotar un país más en la lista de los recorridos, no es tampoco proeza de mucha monta. En el viaje de subida a la capital se puede ver una gran mancha verde que es la selva, nubes abundantes como en cualquier atmósfera de cualquier lugar del globo, los meandros del río Magdalena, empequeñecido por la distancia a que se vuela, cadenas de montañas un rato y el bello panorama vertical de la sabana de Bogotá que dice al viajero el final de su vuelo. No es mucho para quien apetezca sensaciones fuertes. Probablemente horas después, el huésped de la capital se encuentre por la calle Real con un

muchacho sano, robusto y amable. Pasará por su lado sin saber que es el piloto gracias al cual salvó dificultades y distancias, mientras él, el pasajero, leía una revista, hacía un crucigrama, o rezaba *in mente* si su viaje era de «bautismo del aire». Y es también posible, que al regreso a su tierra, acosado a preguntas por amigos, incitado a relatar sus aventuras en «el trópico», se decida a publicar unas cuantas fantasías, estrujando de su memoria lo que escuchó contar, -64- adulterado por la necesidad de ofrecer emociones a sus lectores.

Y sin embargo el libro de viajes honradamente hecho es la mejor guía para el que quiera conocer a fondo el paisaje y el alma de un pueblo. El año 1913 decía don Antonio Gómez Restrepo en el prólogo al interesante libro del doctor Peña, *Del Ávila al Monserrate (Por el Magdalena arriba)*: «La perla de estos libros es sin disputa, el del malogrado e insigne escritor francés D’Espagnat, *Souvenirs de la Nouvelle Grenade*, obra de un observador y de un artista, que supo descubrir y apreciar aspectos interesantes y matices muy delicados tanto de la naturaleza física como del carácter, de las costumbres, del espíritu nacional y especialmente de la ciudad de Bogotá. D’Espagnat era, con la pluma, un delicioso paisajista, y si la muerte no hubiera cortado tan pronto su carrera, es de creerse que hubiera aprovechado la rica mina de sus recuerdos y apuntes para otros trabajos análogos, en los cuales hubiera dado prueba de la simpatía que le inspiraba el país. Su muerte prematura fue, pues, una desgracia para Colombia.»

Gracias a la iniciativa de Germán Arciniegas desde el Ministerio de Educación de Colombia, este libro, escrito el año 1898, ha sido traducido al castellano y aparece como el tercer volumen de la serie de Viajes de la Biblioteca de Cultura Popular Colombiana.

Mientras la lluvia caía, como el día de agosto de 1897 en que D’Espagnat divisó por vez primera Bogotá, y teniendo tras los cristales de mi despacho la maravillosa vista del Monserrate y el Guadalupe separados «por el corte colosal del Boquerón», comencé la lectura de los *Recuerdos de la Nueva Granada*. Medio siglo había corrido desde que el joven viajero francés vino a

Colombia con los ojos y el corazón bien abiertos para que otros pudieran gozar las emociones hondamente sentidas y bellamente escritas por él. ¡Cuántos colombianos ilustres de hoy serían sus amigos en sus jornadas santafereñas! Cuántos conversarían con D'Espagnat siendo muchachos, oyendo con cierta envidia sus correrías por -65- el África ecuatorial y sus proyectos inmediatos para adentrarse por los Andes, visitar las minas, navegar por los infinitos ríos de esta tierra y andar a pie y a caballo por los caminos y vericuetos de la Nueva Granada que abrieron los conquistadores. Y yo iba degustando las páginas de sus recuerdos, con ese placer casi morboso de oír el repicar del agua en los cristales, confortablemente reclinado en un amplio sillón y viviendo al mismo tiempo las inclemencias, los peligros de la cordillera, los escalofríos de la fiebre y la poesía de una puesta de sol, frente al nevado de Tolima.

Veía a D'Espagnat, como lo describe Carlos Rodríguez Maldonado, que fue su amigo y es hoy el prologuista de la edición castellana, con su bigote de mosquetero, lacio por el temporal de aguas, chapoteando por las llanuras de la Plana del Magdalena, bajo su gran chambergo que logró salvar en los peores pasos, detrás de su admirable y fiel espolique Alejandrino Góngora, el incansable andarín tolimense de Ibagué, sufrido, valiente y modesto, que al cabo de los años contaría a sus hijos sus andanzas con don Pedro el francés, cuando provistos ambos de batea y carriel se lanzaron a los baldíos próximos al río La Miel «al azar de los cateos, como hacen los mazamorreros». Y el instante horrible en que al pasar un rápido con enorme crecida, los bogas se asustaron abandonando la difícil maniobra y comenzando a rezar a la virgen del Carmen, recorrieron un kilómetro aguas abajo en treinta segundos sin que nada les sucediera.

Lo más extraordinario para el lector actual del libro de Pierre d'Espagnat es el salto prodigioso que el país ha dado en los años transcurridos desde que él escribiera aquellas bellas páginas y la Colombia de hoy. El año 1897, desde Honda era preciso subir a lomo de mula por Guaduas, el Campamento del Vergel, Villeta, Los Alpes, Aguacalera para llegar a Facatativá donde el tren recorriendo la sabana dejó a D'Espagnat en Bogotá. El año 1913 se subía ya de La Dorada a Beltrán en tren, de Beltrán a Girardot por el Alto Magdalena en

-66- barco fluvial, y de Girardot a Bogotá de nuevo en ferrocarril. Hoy de La Dorada a Bogotá se sube en unas horas muellemente recostado en un sillón extensible. La mayor parte de los caminos y trechos que hubo de recorrer el autor de *Recuerdos de la Nueva Granada*, acompañado de la que él llama «la canción del camino», el clás-clás monótono del casco de la cabalgadura al sacar la mano del fango, son hoy carreteras que permiten rápido viaje en automóvil. Las montañas se han acercado; sobre los ríos, puentes de cemento y metálicos unen sus orillas, que entonces durante el invierno, las lluvias mantenían separadas y peligrosas para el vado, y las cambiantes rápidas del paisaje hacen que el turista pierda perspectivas de la que D'Espagnat hizo descripciones maravillosas empapándose paso a paso en lenta andadura de su caballo, de cada piedra, de cada rincón, de cada picacho. Ya en pocos lugares se encuentra una tan bella y pintoresca escena como la que pinta de su arribo al Campamento del Vergel: «A toda prisa se encienden las velas en la posada, oyéndose el ruido de la loza removida y las voces de la patrona que dominan la zarabanda de las cacerolas, se ve salir el humo por el tejado, se ven entrar balando las ovejas en la sombra gris del establo y se oye chirriar su cierre de madera, y a la vez, de todas partes, de los escondrijos de las sombras, salen ruidos impresionantes, inacabados, propios de este silencio sin igual, el augusto sueño de la montaña.»

Y en Bogotá, apenas entonces una tercera parte de lo que es hoy, Pierre d'Espagnat se estacionaba apoyado en el bastón, con chistera y una orquídea en el ojal de la solapa de la levita, en alguna esquina de la calle Real, para ver desfilar a la salida de misa de San Francisco o de la Tercera, a las bellas muchachas santafereñas que tan honda impresión causaron en su espíritu, y recogerse después por la de Florián al Hotel Europa a anotar en su diario las impresiones de la jornada y a leer las crónicas de *El Correo Nacional* o de *El Autonomista*. Sus deliciosas observaciones sobre la sociedad bogotana: -67- «No quisiera ver perder a las bogotanas, por un espíritu de imitación insuficientemente aquilatado, esa distinción personal y encantadora que tienen»; o sobre el ambiente de la ciudad: «Este antiguo nido de águilas os acapara, os subyuga con una infinidad de detalles insignificantes, de

indefinidas percepciones, de matices espirituales, y, un poco también por esa especie de melancolía provinciana de que todo está revestido, por la luz, que es aquí más gris, que está más matizada, por un ambiente de ensimismamiento extendido uniformemente sobre el cielo, sobre las piedras y sobre el fondo conventual de los Andes.» Y así, percibe en las cortas semanas que pasa en la capital, lo mejor de su espíritu, y en los diez meses que duraron sus correrías por Colombia, aprende a conocerla y a amarla en la Plana del Magdalena y en los Andes del Oro y en Santa Marta y en Cartagena. Pero sus recuerdos más fuertes, los que sin necesidad de las notas de viaje se graban en su alma bohemia, son los momentos prodigiosos en que frente a la naturaleza ciclópea de esta tierra cruzada por los tres grandes espinazos de los Andes, recoge en su retina la gama de colores calientes como el canto de los turpiales, o escucha en las quebradas el bullicio de las aguas tumultuosas que unas veces son las del Guali y otras las del Saldaña, el Cucuana, el Samaná, el Mauro, el Manso, el Nemá o el La Miel, en el que estuvo a punto de perecer; o se extasía ante la cumbre del Gigante o del Barragán o de la Muela del Tolima. De aquí que, cuando el barco larga anclas en Cartagena rumbo a Jamaica y a Nueva York al ver alejarse con el contorno de la vieja Cartagena de Indias la silueta alta de La Popa y el campanario de San Francisco, diga en su última página: «Se querría retroceder, se querría no marcharse aún del todo.» Y siente una tristeza dulciamarga, que le revela, al perderla de vista, la ternura que profesaba a esta tierra vislumbrada por vez primera desde aquel mismo mar, tan sólo diez meses atrás.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

